

EL CABALLO DE TROYA

DOS DESOLADORES COMENTARIOS

Entre todos los locos, estúpidos u horribles comentarios que se han hecho con ocasión del crimen de Dallas del que ha sido víctima el Presidente Kennedy, me parece que ha habido dos que son dignos de una sosegada meditación, ya que, por lo visto, su simple enunciado no ha levantado clamores de indignación que debían ser, por lo menos, tan altos como los de la justa indignación y repulsa que ha provocado el asesinato presidencial.

Uno de estos comentarios ha sido hecho por el fiscal del distrito de Dallas, que, dando por concluido el asunto judicial referente al asesinato del Presidente, declaró como único culpable a Lee Oswald sin más investigación, ya que él había en viado con mucho menor número y calidad de pruebas muchos supuestos delincuentes a la silla eléctrica.

El otro comentario ha sido hecho por cierta prensa española según la cual el hecho de

te como los demás hombres, redimidos por Cristo. Era la supresión del concepto tribal y nacionalista que llama bárbaros y acusa de lo peor a todos los seres humanos que no son de su grupo humano. El cristianismo trajo esta noción al mundo contra el aristocratismo de los griegos (Aristóteles, por ejemplo), y el imperialismo romano, pero el padre Las Casas tuvo que recordársela aun escalístico como Sepúlveda que parecía haber olvidado su cristianismo y hoy hay que recordarla también a esa despistada o enconada prensa para quien el hecho de la nacionalidad rusa constituye un antecedente criminal. A la altura de la historia de 1963 ese comentario es demasiado triste y se califica por sí solo, pero es preciso no dejarnos envenenar por estas viejas fuerzas de fanatismo y división tan prestas a dividir a la humanidad en naciones malditas y benditas, en bandos de buenos y malos, en terribles etiquetas tribales.

Tan terrible como el crimen de Dallas ha sido la atmósfera espiritual que lo ha envuelto. Como en plena Edad Media una gran mayoría de comentarios han caído sobre el cadáver del gran hombre para izarle como insignia de odio y acusación contra los propios enemigos. Y el fiscal de un país democrático ha unido su triste voz de menospreciador de la vida del hombre a ese grupo de buitres graznadores de odio.

El odio ha abatido al Presidente Kennedy como a tantos hombres de su misma familia espiritual: noble e idealista. Un fanatismo del color que sea —esto es lo mismo— ha guiado la mano del criminal. Es doloroso comprobar que ante tan noble muerte otros fanatismos se yergan todavía en desolador comentario.

El fiscal que tan alegremente envía a la silla eléctrica y tan alegremente comenta este gesto, y el periodista que considera esencialmente criminal a todo un pueblo —ruso, español o tartesio— son dos tipos de hombre que emergen del pasado oscuro de la humanidad. Ellos mismos nada pueden comprender del hombre que ha muerto en Dallas: un hombre cuyo senti-

UNA TRAGEDIA AMERICANA

Los muertos inocentes, las víctimas, resuelven nada ni su sacrificio desvela la sublimidad de un misterio. Este es el caso de los negros muertos en la no lejana tragedia de Alabama y el del reciente drama de Dallas. Norteamérica está desolada e indignada. Las últimas resistencias racistas en la mejor parte de la opinión pública americana o han caído o están a punto de caer; el Gobierno de los Estados Unidos parece que está decidido a excavar en el fondo y cortar el mal en su misma raíz. Todo esto puede ser verdad, pero también es cierto que la jornada negra de Birmingham demuestra el odio tan profundo que separa a la gente blanca de la gente negra en el Sur de los Estados Unidos. Hemos leído hace poco que en el fondo de este abismo está el sexo. A quien tal ha dicho quizás no le falte razón. Pues la cuestión del sexo está tan en el fondo de ese oscuro abismo que ningún americano lo admitirá jamás. De otra forma ¿cómo justificar ese odio que parte de una repugnancia de piel y no del problema del dinero, del poder, de la religión, es decir de todo aquello que hasta hoy ha ensangrentado el mundo, sino, simple y escuetamente, de un hecho animalmente elemental, tan irracional, tan oscuro?

Esta y no otra es la verdadera tragedia americana. Cuantos años son necesarios aún de caridad y de comprensión para que este abismo desaparezca, es una cosa muy difícil de predecir. Hoy sólo se habla de la responsabilidad directa. Se busca a los ejecutores materiales de los crímenes y magníficos, pero, evidentemente, todos los ojos de América están acusando a los responsables morales. Sobre el gobernador Wallace, por ejemplo, en el problema negro y sobre otros, ideológicamente cerca de él, en el caso del asesinato de Kennedy, esto es sobre todos aquellos que fundan un poder político personal basado en la incitación al odio y a la intolerancia. Su responsabilidad es enorme y directa. Pero el problema que suscita es gravísimo, porque pone en crisis las libres instituciones americanas sobre las que se apoya el país desde hace casi doscientos años. No es la primera vez que Norteamérica afronta y resuelve en su corta historia política problemas parecidos a este aunque creemos que nunca se la han presentado con tan dramática urgencia de resolución.

Esta tragedia americana cuyo origen hay que buscarlo en el bastardo sentimiento de la intolerancia, es, aunque con distintos resultados aparentes, el espejo de muchas de las cuestiones sociales y políticas de la hora del mundo en la que nos ha tocado vivir. Donde hay o se predica la intolerancia en materia ideológica, bien sea social, política o religiosa, varamente se podrán fijar los confines entre lo que es libertad y lo que es opresión. Es, también, un problema de justicia. La tolerancia y la justicia, recorren unidas las páginas de la historia. El concepto es claro, diáfano. Donde no hay libertad y tolerancia no puede existir la justicia.

Si por su papel en la actual historia del mundo los hombres de hoy tienen puesta su mirada en Norteamérica, bueno será que no pocos de ellos fijen su atención en lo que es el origen de esa tragedia americana.

JAVIER PEREZ PELLON



que Lee Oswald estuviere casado con una muchacha rusa constituía de por sí una sospecha de que realmente era un criminal.

Ambos comentarios nos sitúan en un feudo medieval e incluso tribal, en que a los hombres se les condena a muerte sin pruebas definitivas y en el que pertenecer a una nacionalidad o comunidad humana distinta es signo de peligrosidad o de maldad. Ambos comentarios significan un desprecio del hombre: desprecio de su vida, que se quita sin demasiados miramientos, y desprecio de su personalidad particular, de su individualidad.

En el siglo XVI, concretamente en 1552, en la Conferencia de Valladolid, el P. Las Casas sostuvo contra Sepúlveda que «todas las naciones son hombres», esto es, que también los indios americanos recién descubiertos y de cuya colonización se discutía, eran hombres, exactamen-

te como los demás hombres, redimidos por Cristo. Era la supresión del concepto tribal y nacionalista que llama bárbaros y acusa de lo peor a todos los seres humanos que no son de su grupo humano. El cristianismo trajo esta noción al mundo contra el aristocratismo de los griegos (Aristóteles, por ejemplo), y el imperialismo romano, pero el padre Las Casas tuvo que recordársela aun escalístico como Sepúlveda que parecía haber olvidado su cristianismo y hoy hay que recordarla también a esa despistada o enconada prensa para quien el hecho de la nacionalidad rusa constituye un antecedente criminal. A la altura de la historia de 1963 ese comentario es demasiado triste y se califica por sí solo, pero es preciso no dejarnos envenenar por estas viejas fuerzas de fanatismo y división tan prestas a dividir a la humanidad en naciones malditas y benditas, en bandos de buenos y malos, en terribles etiquetas tribales.

Tan terrible como el crimen de Dallas ha sido la atmósfera espiritual que lo ha envuelto. Como en plena Edad Media una gran mayoría de comentarios han caído sobre el cadáver del gran hombre para izarle como insignia de odio y acusación contra los propios enemigos. Y el fiscal de un país democrático ha unido su triste voz de menospreciador de la vida del hombre a ese grupo de buitres graznadores de odio.

El odio ha abatido al Presidente Kennedy como a tantos hombres de su misma familia espiritual: noble e idealista. Un fanatismo del color que sea —esto es lo mismo— ha guiado la mano del criminal. Es doloroso comprobar que ante tan noble muerte otros fanatismos se yergan todavía en desolador comentario.

El fiscal que tan alegremente envía a la silla eléctrica y tan alegremente comenta este gesto, y el periodista que considera esencialmente criminal a todo un pueblo —ruso, español o tartesio— son dos tipos de hombre que emergen del pasado oscuro de la humanidad. Ellos mismos nada pueden comprender del hombre que ha muerto en Dallas: un hombre cuyo senti-

EL LIBRO SEIX BARRAL DEL AÑO

LA CIUDAD Y LOS PERROS

Mario Vargas Llosa

«La mejor novela en lengua española de los últimos treinta años.» José M.ª Valverde

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1962

PIDASELO A SU LIBRERO

EL COLOR DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA

HACE unas fechas, en la Sede de las Naciones Unidas, el señor Stevenson, representante norteamericano en esta Organización, ha hecho una incursión por los campos de la historia, removiéndolos viejos conceptos por excesivamente aireados y cuyo análisis más cabe al estudio del pasado que al político que ha de enfrentarse diariamente con los mil y un motivos de querrelas que existen en el mundo.

En este caso concreto se ha referido a nuestro país, enlazando las proezas espaciales de Gagarin y Glenn con la gesta de Colón del año 1492. Ello le ha servido al señor Stevenson para arremeter contra la colonización española de América, acumulando las consabidas condenas contra algo que sucedió hace cerca de quinientos años, y adjudicando, una vez más, el merito del descubrimiento a Colón, en tanto que dedicaba duros epítetos a los conquistadores peninsulares.

No somos quienes para rebatir los puntos expuestos por el señor Stevenson, que por otra parte ya están un tanto manoseados. Lo que nos extraña grandemente es este raro emparejamiento entre los astronautas y Colón. El astronauta es, tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos, un motivo de propaganda. Para remontarse a los espacios celestes no es necesario gran cosa. Si, acaso, una buena salud. El resto lo hacen los demás, es decir, los miles de técnicos y científicos encargados del buen éxito de un vuelo ya calculado matemáticamente. Muy al contrario que la aventura colombina, donde todo había que fiarlo al azar y la providencia, hasta el punto de que los navegantes al llegar a tierra creían que se encontra-

ban en las Indias. Es una comparación que no existe.

Pero el señor Adlai Stevenson ha querido echar un poco su cuarto a espaldas, unciéndose a la moda y atacando un colonialismo que dejó de existir hace ciento cincuenta años. La historia es implacable para todos. No opinamos que el descubrimiento de América, la repoblación por gentes castellanas del Nuevo Mundo y el trato dado a los nativos haya sido ejemplar, ni mucho menos. Pero ni el señor Stevenson ni nadie con buena fe, esta preparado para tirar la primera piedra. La circunstancia histórica muda el ambiente; no es lo mismo enjuiciar con nuestra mentalidad hechos del pasado, que acercarse a la época que se pretende estudiar conforme a las peculiaridades de civilización, cultura y hábitos usuales de la misma.

De acuerdo con la técnica empleada por el político americano podríamos sacar a colación hechos que avergüenzan a la raza inglesa, de la que seguramente desciende el señor Stevenson. El pensador español Ortega y Gasset, nada sospechoso de patrioterías, dice textualmente refiriéndose a la colonización española: «En la misma es el «pueblo» quien directamente, sin propósitos conscientes, sin directores, sin táctica deliberada, engendra otros pueblos. Grandeza y miseria de nuestra colonización vienen ambos de aquí. Nuestro «pueblo» hizo todo lo que tenía que hacer: pueblo cultivado, cantó, gimio, amó. Pero no podía dar a las naciones que engendraba lo que no tenía: disciplina superior, cultura vivaz, civilización progresiva».

En tanto, «la civilización inglesa fué la acción reflexiva de minorías, bien en consorcios económicos, bien por secesión de un grupo selecto que busca

tierras donde servir mejor a Dios. Esta es la cara y cruz de la moneda. Y así vemos como una raza digna de mejor suerte, la de los aborígenes indios del Norte, es desastada implacablemente en virtud de la ley del más fuerte y de los imperativos de selección étnica. Hoy día hay que asomarse a los circos para contemplar a los escasos descendientes de aquellas tribus guerreras o buélicas que llenaban amplios espacios del actual territorio de la Unión.



No es posible el mestizaje, tal como sucedió fulminantemente en las tierras al sur de Rio Grande. Este exterminio lento y calculado bien merece el análisis del señor Stevenson.

Las realidades americanas —mucho más recientes— tampoco carecen de amargo espesor. Después de la Doctrina de Monroe se inicia una colonización económica, mucho más lamentable por su refinado espíritu de cálculo. Se impone a los pueblos hispanoamericanos el monocultivo, se condena al hambre a millones de personas, se mueve como títeres a los personajes influyentes en la milicia de las repúblicas y como resultado práctico se logran beneficios excepcionales. ¿Quiénes ganan? Las poderosas compañías fruteras, químicas, de extracción y de servicios que están plenamente en manos norteamericanas. Incluso un Presidente, Theodore Roosevelt, utiliza la técnica disuasoria del «big sticks», o sea, del palo en las costillas de quienes se desmandan. La historia de los últimos diez años de los pueblos latinos de América no se puede escribir sin contar con la influencia decisiva de sus vecinos sajones. Tampoco fueron muy halagüeñas las condiciones de vida en la Norteamérica de los últimos años. Hasta que el último Roosevelt, subió al poder, allá por los años treinta, la situación de gran parte del proletariado era lamentable. Un feroz capitalismo dominaba todos los resortes del país, las asociaciones patronales dictaban sus leyes a la Presidencia y los monopolios imponían sus condiciones omníparas a la colectividad. El empuje industrial y la creación de riqueza ha suavizado bastante este panorama, aunque no es necesario destacar hechos que, como el reciente del magnicidio de Kennedy, demuestran que la sociedad norteamericana está un tanto podrida.

Son hechos contemporáneos y por ello de un interés más vital. Todo ello debe ofrecer una seria meditación al señor Stevenson. Hace quinientos años la colonización americana por parte de los españoles se hizo bajo el signo cambiante del siglo: dolor, odio, codicia, rapiña, asesinatos, intrigas, pero también con amor y desinterés. El resto de los pueblos del mundo hizo lo mismo cuando pudo. Porque si el señor Stevenson quiere juzgar, deberá hacerlo a toda la humanidad en una época. A la postre, España jugó sus cartas limpiamente, perdió y ganó; otros jugaron la baza del oportunismo, por eso triunfaron, pero ello no indica que sean mejores.

MIGUEL ANGEL PASTOR

LA DANZA DEL TRANSISTOR



LA época del apasionado tango pasó hace ya unos cuantos lustros; las ruidosas verbenas callejeras están ya en franca decadencia. Las morbideces circulares del «vals» ya no se usan. El ibérico pasodoble se está solamente en el improvisado ruedo de las plazas de los pueblos después de las caopeas. La cadencia romántica del baile está en desuso, ya no se lleva. Desde que la esquizofrenia salió de las casas de salud y se hizo inevitable compañera de los cantantes modernos, el «rok-and-roll» y sus hijos menores del «twist», el

«madison» y la «bosanova» hacen las locuras de toda una juventud en las salas de baile del mundo entero. A la atracción erótica que hasta hace poco tiempo era el primordial e inequívoco signo del baile, la ha sustituido el desenfreno contorsionista de movimientos equívocos dignos de figurar en la primera página de una antología de gestos del «tercer sexo». La música de baile ya no alimenta románticas pasiones, sino que excita la conciencia primitivista y animalésca de sus incondicionales.

Ahora, por lo visto, está tratándose de poner de moda lo que podemos denominar «danza del transistor». Es el local «Paris» y en uno de sus infinitos «whisk-á-gogo». El local carece de orquesta, pero en su lugar dispone de transistores que transmiten dos programas distintos de música de baile. Se baila en silencio.

Un «garçon» se acerca a una «jeune fille» y la dice: —«Voulez vous danser avec moi?» —«Avec plaisir, monsieur.»

Se encasquetan sus respectivos gorros-transistores, provistos de largas antenas, y en movimientos desenfundados se lanzan a la conquista del centro de la pista de baile. En este baile sobra todo y falta lo principal: el mutuo acercamiento

de la pareja. Una pareja de novios puede concertar una cita para ir a bailar y quedarse cada uno en su casa siempre que a la hora concertada cada uno tenga listo su transistor. En este baile ya no se puede misturar en voz baja declaraciones de amor y como las parejas apenas si se rozan, las muchachas ya no se pueden ruborizar ni tampoco se las puede oír sus clásicas reconvenciones: «Manolo estate quieto. ¡Manolo que nos estás viendo!». ¡Por favor Manolo, aquí no!»

J. P. P.

CLINICA QUIRURGICA Dr. ESCUDERO

Servicio permanente de urgencia

SALVADOR, 12 VALLADOLID

SE OFRECE:

- 1.º Coche de la empresa, con gastos pagados, o
- 2.º Conducir su propio coche a base de un tanto por Km.
- 3.º Sueldo fijo y primas producción muy interesantes.
- 4.º Dietas de 225 pesetas diarias en viaje.
- 5.º Porvenir asegurado.
- 6.º Formar parte de gran organización, 1.ª categoría.

SE SOLICITA:

- Espíritu de trabajo, que sea metódico y dinámico.
- Don de gentes, honradez y persuasión.
- Carnet de conducir de 2.ª
- Lugar de residencia, VALLADOLID.
- Edad máxima, 30 años.

Se formará debidamente al vendedor seleccionado. Reserva absoluta, se contestarán todas las cartas entrevistas con los candidatos.

Un directivo de la Empresa estará muy próximamente en VALLADOLID, para celebrar entrevistas con los candidatos.

Escribir a mano, indicando por este orden: Nombres —lugar y fecha nacimiento—, estado productos que ha vendido y vende, detallando experiencia.

Enviar estos datos a: S. P. - Apartado de Correos 1.383 - BARCELONA